

## 17 Verificando la resurrección

SI LA RESURRECCIÓN DE CRISTO DEMUESTRA LOS PUNTOS cubiertos en el capítulo anterior, es obvio que se trata de las mejores noticias que el mundo ha escuchado. Pero nos preguntamos: "¿Es posible creer esa noticia tan buena?". Esta pregunta nos conduce a una investigación sobre las evidencias de la resurrección.

Algunos teólogos modernos sostienen que no hay ninguna necesidad de evidencias históricas para la resurrección de Jesucristo, y para el caso, tampoco son necesarias las evidencias para ninguna otra doctrina de la creencia cristiana. Estas cosas se suponen que son autenticadas únicamente por la lógica de la fe. Por supuesto, en cierto sentido, esto es cierto. Los cristianos sabemos que nuestra fe descansa no en la capacidad con que demos la veracidad de las narraciones bíblicas sino en la actividad sobrenatural del Espíritu Santo dentro de nuestros corazones que nos conduce a la fe. Sin embargo, hay muchos que llegan a la fe por las distintas evidencias de la resurrección, y la sustancia y la forma de la fe cristiana descansa sobre estas evidencias. Sin ellas, nuestra experiencia de Cristo sería mística y hasta muy equivocada.

Tenemos derecho a investigar la evidencia, ya que la Biblia misma nos habla de "muchas pruebas indubitables sobre la resurrección (Hch. 1:3). Hemos de considerar seis de estas evidencias en este capítulo.

### Los relatos de la resurrección

La primera evidencia importante de la resurrección de Jesucristo son los propios relatos de la resurrección. Existen cuatro relatos, uno en cada evangelio; más o menos independientes entre sí. Sin embargo, están en armonía entre ellos, y esto ya sugiere su confiabilidad como documentos históricos.

La considerable variación en los detalles que existe entre los cuatro ya está mostrando que son básicamente independientes. Por supuesto, es de esperar que en algunos lugares se superpongan ya que es posible que en la iglesia cristiana primitiva estuvieran circulando informes sobre este acontecimiento cuando se escribieron estos libros. Es posible que distintas personas estuvieran contando lo que había sucedido y que usaran casi las mismas palabras. Pero, obviamente los cuatro escritores no se sentaron juntos y conspiraron para inventar la historia sobre la resurrección de Cristo. Si cuatro personas se hubieran reunido ) hubieran dicho: "Vamos a inventar un relato sobre la resurrección de Jesucristo" y luego hubieran desarrollado los detalles de su historia, estos relatos tendría muchos más puntos en común. No nos encontraríamos con tantas aparente discrepancias. Sin embargo, si la historia no fuera cierta y la hubieran inventado por separado, es imposible que existiera la concordancia esencial que encontramos en ellos. En otras palabras, la naturaleza de los relatos es la que cabría esperar de cuatro relatos separados preparados por testigos oculares.

Veamos dos ejemplos. En primer lugar nos encontramos con diversas afirmaciones sobre el momento en que las mujeres llegaron a la tumba. Mateo dice que fue "al amanecer del primer día de la semana" (Mt. 28:1). Marcos dice que fue "muy de mañana, el primer día de la semana... ya salido el sol" (Mr. 16:2). Lucas dice que era "muy de mañana" (Le. 24:1). Juan dice que "fue de mañana, siendo aún oscuro" (Jn. 20:1). Este tipo de frases son las que los autores habrían estandarizado si hubiesen estado trabajando en conjunto. Pero no hay en realidad ninguna contradicción. Por un lado, si bien Juan dice que todavía estaba oscuro, no dice que estaba muy oscuro; la siguiente frase dice que María Magdalena "vio quitada la piedra del sepulcro". Posiblemente, las mujeres salieron cuando todavía estaba oscuro y llegaron al huerto cuando amanecía.

Un segundo ejemplo de esta diversidad de los detalles en medio de la armonía esencial es el listado de las mujeres que hicieron esta primera visita al huerto. Mateo nos dice que eran dos Marías. "María Magdalena y la otra María" (Mt. 28:1). Marcos escribe: "María Magdalena, y María, madre de Jacobo, y Salomé" (Mr. 16:1). Lucas se refiere a "María Magdalena, y Juana, y María madre de Jacobo, y las demás con ellas" (Le. 24:10). Juan menciona sólo a "María Magdalena" (Jn. 20:1). En realidad, cada una de estas referencias está iluminando a las demás. Marcos y Lucas, por ejemplo, nos explican quien era la "otra María" mencionada por Mateo. Cuando unimos los relatos, encontramos que en esa primer mañana de Pascuas, cuando todavía estaba oscuro, por lo menos cinco mujeres se dirigieron a la tumba: María Magdalena (mencionada por los cuatro escritores), María la madre de Jacobo, Salomé, Juana, y por lo menos otra mujer cuyo nombre no conocemos (pero que está de acuerdo con la referencia que Lucas hace a "las demás" mujeres, que incluye a Salomé). El propósito de su visita es ungir el cuerpo de Cristo. Ya saben la dificultad con la que se tendrán que enfrentar, porque la tumba había sido sellada con una gran piedra y no tienen idea cómo harán para quitarla. A medida que avanzan, comienza a clarear y cuando ya casi llegaron ven que la piedra ha sido removida. Esto es algo que no se esperaban; por eso es que aunque les sirve para sus propósitos están trastornadas y no saben qué hacer. Aparentemente, enviaron a María Magdalena de regreso para que les contara a Pedro y a Juan lo que había acontecido; lo que Juan registra, si bien no menciona la presencia de las demás mujeres (Jn. 20:2). Mientras las

mujeres la esperan, la mañana continúa despuntando; eventualmente, animadas por la luz del día, entran en la tumba. Ahora ven a los ángeles y regresan a la ciudad para contarles a los otros discípulos (Mt. 28:5-7; Mr. 16:5-7; Lc. 24:4-7).

Mientras, María Magdalena había encontrado a Pedro y a Juan, quienes inmediatamente la dejaron y corrieron a la tumba. Juan registra lo que vieron, los lienzos y el sudario, y señala que fue en ese instante cuando creyó (Jn. 20:3-9). Por último, María Magdalena regresa nuevamente a la tumba y es la primera en ver a Jesús (Jn. 20:11-18; comparar con Mr. 16:9). En ese mismo día Jesús se le aparece a las demás mujeres mientras regresan de la tumba, a Pedro, a los discípulos de Emaús, y a los demás que están reunidos esa tarde en Jerusalén.

Hay otros dos factores que sugieren que estos relatos históricos son veraces. El primero es que plantean problemas al lector, problemas que habrían sido eliminados si estos relatos fueran ficticios. Por ejemplo, tenemos el problema, que se repite varias veces, que los discípulos no siempre reconocieron a Jesús cuando se les apareció. María no lo reconoció en el huerto (Jn. 20:14). Los discípulos de Emaús no sabían quién era (Lc. 24:16). E incluso más adelante, cuando se apareció a muchos de sus discípulos en Galilea, se nos dice que algunos "dudaban" (Mt. 28:17). Desde un punto de vista persuasivo, la inclusión de estos detalles es una tontería. El escéptico los leerá y dirá: "Es obvio que los discípulos no lo reconocieron porque se trataba de otra persona. Sólo los más crédulos creyeron, y eso porque deseaban creer. Se engañaron a sí mismos". Independientemente de lo que se pueda decir con respecto a este argumento, el punto es que la razón por la que se permitió que dichos problemas permanecieran en los relatos es que fue así como ocurrieron las apariciones. En consecuencia, al menos son una evidencia sustancial de que éstos constituyen relatos sinceros de lo que los escritores creyeron.

Otro ejemplo de un problema es lo que Cristo le dice a María, cuando le pide que no le toque porque "aún no he subido a mi Padre" (Jn. 20:17). Mateo, sin embargo, nos dice que Jesús se apareció a las otras mujeres, posiblemente unos minutos después de haberse aparecido a María, y que estas mujeres "acercándose, abrazaron sus pies, y le adoraron" (Mt. 28:9). En toda la historia de la iglesia nadie ha dado una explicación enteramente convincente de esta discrepancia. Pero, cualquiera sea el motivo, se ha mantenido firme porque así fue como sucedieron los hechos.

Por último, los relatos muestran una sinceridad fundamental y una exactitud a través de su sencillez natural. Si nos propusiéramos escribir un relato sobre la resurrección de Cristo y las apariciones luego de su resurrección, ¿podríamos resistir el deseo de describir la resurrección en sí misma —el descenso de los ángeles, la remoción de la piedra, la salida del Señor desde dentro de la tumba. ¿Podríamos resistir el deseo de contar cómo se apareció a Pilato y lo confundió ¿O cómo se apareció a Caifás y a los demás miembros del Sanedrín? Lo; diversos evangelios apócrifos (el Evangelio según los Hebreos, el Evangelio de Pedro, los Hechos de Pilato y otros) contienen estos elementos. Sin embargo los autores de los evangelios no incluyen ninguno de estos aspectos, ya se porque no fue así como sucedieron los hechos o porque los evangelistas no fueron testigos oculares de los mismos. Los evangelios no describen la resurrección porque nadie la presencié. Podría haber sido algo fantástico, pero todo; los discípulos llegaron a la tumba después que Jesús había resucitado.

### **La tumba vacía**

Una segunda evidencia sobre la resurrección de Jesucristo es la tumba vacía. Podríamos negar que una resurrección real tuvo lugar, pero no podemos negar que la tumba estaba vacía. Los discípulos comenzaron poco tiempo después de la crucifixión y la sepultura a predicar sobre la resurrección, en un momento cuando a quienes los escuchaban sólo les bastaba caminar hasta la tumba y ver si el cuerpo del Señor supuestamente resucitado todavía estaba allí.

La tumba vacía ha sido un argumento en favor de la resurrección tan formidable a través de la historia que los no creyentes han inventado varias teorías para poder explicarla. Una teoría es que las mujeres, y más tarde los discípulos, fueron al lugar equivocado. Es posible concebir que como estaba oscuro las mujeres se podrían haber equivocado de tumba. Pero, como ya hemos visto, no estaba del todo oscuro, y además ya habían estado allí y sabían el lugar. Además, es difícil suponer que Juan y Pedro, y después todos los demás, hayan cometido el mismo error.

Otra teoría es la teoría del desvanecimiento. Según esta teoría, Jesús no murió en la cruz sino que se desvaneció —y como resultado fue dado por muerto y enterrado vivo—. En el frío de la tumba volvió en sí, movió la piedra, y se apareció a la gente como resucitado. Pero esta explicación tiene varios problemas. En primer lugar, resulta difícil creer que uno de los guardias romanos a quienes se le había encomendado una ejecución fuera burlado de esta manera, o que la lanza que atravesó el costado de Cristo no lo haya matado,

incluso si hubiera estado desvanecido; y, además, que un Cristo débil, apenas sobreviviente, haya tenido la fuerza suficiente para mover la gran piedra y vencer a los guardias romanos. Además, tendríamos que suponer que un Cristo en esas condiciones haya podido convencer a los discípulos que había vencido a la muerte triunfalmente.

Por último, existen quienes creen que alguien robó o cambió al cuerpo de lugar. ¿Pero quién? Sin duda que no fueron los discípulos, porque si ellos hubieran cambiado al cuerpo de lugar, es difícil imaginar cómo después estuvieron dispuestos a morir por el cuento que ellos mismos habían fabricado.

Tampoco pueden haber retirado el cuerpo las autoridades judías o romanas. Podríamos imaginarnos que en un principio lo podrían haber cambiado de lugar para vigilarlo mejor —por ese mismo motivo fue que sellaron la tumba y pusieron una guardia: "Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, viviendo aún: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos de noche y lo hurten, y digan al pueblo: Resucitó de entre los muertos" (Mt. 27:63-64)—. Si eso hubiera ocurrido, sin duda luego habrían producido el cuerpo cuando los discípulos comenzaron con su predicación. Las autoridades odiaban al evangelio e hicieron todo lo que estaba en su poder para evitar que se expandiera. Arrestaron a los apóstoles, los amenazaron y hasta mataron a algunos de ellos. Nada de eso hubiera sido necesario si hubieran podido producir y mostrar el cuerpo. La razón obvia es que no lo hicieron porque no podían. La tumba estaba vacía. El cuerpo había desaparecido.<sup>1</sup>

### Una tumba no tan vacía

De acuerdo con el evangelio de Juan, la tumba no estaba del todo vacía. El cuerpo de Jesús había desaparecido pero los lienzos y el sudario habían quedado atrás. El relato sugiere que había algo en ellos tan llamativo que hizo que Juan los viera y creyera en la resurrección de Jesús.

Toda sociedad tiene sus propios, modos de realizar los entierros, y eso era tan cierto en las culturas antiguas como lo es hoy en día. En Egipto, los cuerpos eran embalsamados. En Italia y Grecia, solían ser cremados. En Palestina, eran envueltos en bandas de lienzos con especies secas entre sí y eran colocados cara para arriba, sin un cajón, en sepulcros por lo general labrados en la roca de las montañas de Judea y Galilea. Muchos de esos sepulcros todavía existen en la actualidad y pueden ser vistos por cualquiera que visite Palestina.

Hay otro aspecto de la forma de entierro judía en el pasado que resulta de particular interés para comprender el relato que Juan hace de la resurrección de Jesús. En el libro *The Risen Master* ("El Señor resucitado"), 1901, Henry Latham llama la atención sobre una característica propia de los entierros orientales, que apreció durante su estadía en Constantinopla en el siglo pasado. Dijo que los funerales a los que asistió variaban en muchos aspectos, dependiendo de si la persona era pobre o rica. Pero todos tenían una característica en común. Latham observó que los cuerpos eran envueltos en lienzos de manera que la cara, el cuello y los hombros quedaran al descubierto. La parte superior de la cabeza era cubierta por un lienzo que se enrollaba alrededor de la misma, a modo de un turbante. Latham concluyó que, como los estilos de entierros cambian tan lentamente, y en especial en el oriente, esta forma de entierro bien pudo también haber sido la utilizada en los tiempos de Jesús.

Lucas nos dice que cuando Jesús, durante su ministerio, se aproximaba a la población de Nain se encontró con una procesión funeraria que estaba dejando atrás la ciudad. El hijo único de una viuda había muerto. Lucas nos narra que cuando Jesús lo resucitó de los muertos dos cosas sucedieron. Primero, el joven se incorporó, o sea, estaba acostado sobre algo que no era un cajón. Y segundo, comenzó a hablar inmediatamente. Por lo tanto, los lienzos de la sepultura no cubrían su cara. También se utilizaron distintas cubiertas para la cabeza y el cuerpo en la sepultura de Lázaro (Jn. 11:44).

José de Arimatea y Nicodemo deben haber enterrado a Jesús de manera similar. El cuerpo de Jesús fue retirado de la cruz antes del comienzo del día de reposo judío, fue lavado, y luego fue envuelto en lienzos. Cien libras de especies secas fueron cuidadosamente colocadas entre los pliegues de los lienzos. Una de estas especies, el aloe, era una madera, finamente molida como aserrín, que tenía una fragancia muy aromática; otra, la mirra, era una goma fragante que se mezclaba con el polvo. El cuerpo de Jesús fue así envuelto. Su cabeza, su cuello y sus hombros quedaron sin cubrir. Un lienzo se envolvía alrededor de su cabeza como si fuera un turbante. El cuerpo fue luego colocado en la tumba, en donde permaneció hasta alguna hora de la noche del sábado o la mañana del domingo.

¿Qué habríamos visto si hubiéramos estado en el preciso momento en que Jesús resucitó de los muertos? ¿Lo habríamos visto moverse, abrir los ojos, sentarse y comenzar a tratar de quitarse los lienzos? Debemos recordar que habría sido bastante difícil sacarse los lienzos. ¿Es esto lo que habríamos visto? De ningún modo. Eso habría sido una "resucitación", no una resurrección. Habría sido lo mismo que si se hubiera recuperado de un

desvanecimiento. Jesús habría resucitado con un cuerpo natural y no con un cuerpo espiritual, y eso no fue lo que sucedió.

Si hubiéramos estado presentes en la tumba en el momento de la resurrección, habríamos notado que de pronto el cuerpo de Jesús habría desaparecido. John Stott dice que el cuerpo fue "vaporizado", siendo transmutado en algo nuevo y diferente y maravilloso".<sup>2</sup> Latham nos dice que el cuerpo había sido "exhalado", pasando "a una fase de existencia como la de Moisés y Elías en el monte".<sup>3</sup> Sólo habríamos visto que ya no estaba.

¿Qué habría pasado entonces? Los lienzos, sin el sostén del cuerpo, habrían quedado sueltos y habrían caído por el peso de las especies, y habrían quedado en el lugar donde había estado el cuerpo de Jesús. Los lienzos que rodeaban su cabeza, sin el peso de las especies, podrían quizá haber mantenido su forma cóncava y haber permanecido algo separados de los demás lienzos por el espacio donde habían estado el cuello y los hombros.

Esto es exactamente lo que vieron Juan y Pedro cuando entraron en el sepulcro y el relato ocular así lo revela perfectamente. Juan fue el primero en llegar a la tumba y cuando llegó al sepulcro abierto, en la penumbra del amanecer, vio los lienzos. Algo en los lienzos le llamó la atención. Primero, era significativo que estuvieran puestos allí. Juan coloca la palabra griega para "puestos" en un lugar enfático de la oración griega. Podríamos traducirlo como: "Vio, puestos allí mismo, los lienzos" (Jn. 20:5). Además, habían permanecido intactos. La palabra que Juan utiliza (*keimena*) es usada en los papiros griegos con referencia a las cosas que han sido cuidadosamente puestas en orden. (Un documento habla de unos papeles legales diciendo: "Todavía no he obtenido los documentos, pero han sido puestos en orden colacionado". Otro habla sobre unas ropas que están "puestas (ordenadas) hasta que me escribas"). Juan, sin duda, observó que la tumba estaba intacta.

En ese instante llegó Pedro y entró en el sepulcro. Pedro también vio lo que había visto Juan, pero además otra cosa le llamó la atención. Los lienzos que habían rodeado la cabeza no estaban junto con los demás lienzos. Estaban en un lugar aparte (Jn. 20:7). Y además habían retenido su forma de rollo. Juan dice que vieron "el sudario, que había estado sobre [su] cabeza... enrollado en un lugar aparte". Podríamos decir que estaban "enrollados sobre sí mismos". Y había un espacio entre estos lienzos y los que habían cubierto el cuerpo. El relato dice: "Luego llegó Simón Pedro tras él, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos allí, y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte" (Jn. 20:6-7). Por último, Juan también entró en el sepulcro y vio lo que Pedro también había visto. Y cuando lo vio, creyó.

¿Qué fue lo que Juan creyó? Podría habérselo explicado a Pedro de esta manera. "¿No ves, Pedro, que nadie ha retirado el cuerpo ni tocado los lienzos? Están puestos exactamente como Nicodemo y José de Arimatea los dejaron en la tarde antes del día de reposo. Sin embargo, el cuerpo no está. No ha sido robado. No ha sido retirado. Resulta claro que atravesó los lienzos, dejándolos así como los vemos ahora. Jesús tiene que haber resucitado". Stott dice: "Una mirada a los lienzos probó la realidad, y señaló la naturaleza, de la resurrección".<sup>4</sup>

### Las apariciones después de la resurrección

Una cuarta evidencia de la resurrección es el hecho obvio que Jesús fue visto por sus discípulos. De acuerdo con los diversos relatos, se apareció primero a María Magdalena, después a las otras mujeres que volvían de la tumba, después a Pedro, a los discípulos de Emaús, a los diez discípulos reunidos en el aposento alto, después (una semana más tarde) a los once discípulos incluyendo a Tomás, a Jacobo, a quinientos hermanos de una vez (1 Co. 15:6, posiblemente sobre una ladera en Galilea), a un grupo de discípulos que habían estado pescando en el lago de Galilea, a los que fueron testigos de la ascensión desde el monte de los Olivos cerca de Jerusalén y, por último, a Pablo, quien vio a Cristo en su visión en el camino a Damasco. Durante los días siguientes a la resurrección, todas estas personas pasaron de una desesperación vacía e inquieta a un gozo y una convicción firme. No hay nada que pueda justificar este cambio si no es el hecho que vieron realmente a Jesús. Durante el siglo pasado, un crítico famoso de los evangelios, Ernest Renan, escribió que la creencia en la resurrección de Cristo surgió de la pasión de una mujer que sufría alucinaciones, quería significar que María Magdalena estaba enamorada de Jesús y que se había convencido que lo había visto vivo cuando al único que había visto era al hortelano. Esto es descabellado. La última persona en el mundo que María (o cualquiera de los demás) esperaba ver era a Jesús. Solo estaba en el huerto porque había ido a ungir su cuerpo. Además, aun si María hubiese creído en algún tipo de resurrección promovida por el poder del amor, no hay ninguna evidencia que los discípulos hayan sido también engañados de la misma manera, o que anticiparan alguna cosa de este tipo. Muchos se desesperaron; algunos, como los discípulos de Emaús, se estaban dispersando. Tomás, para nombrar a uno de ellos, no podía creer. Sin embargo, nos encontramos que sólo unos pocos días después de la supuesta resurrección, todos estaban convencidos de lo que hasta ese entonces habían juzgado imposible. Y

salieron a contarles a todos sobre lo que había acontecido, firmes en sus convicciones, a pesar de las amenazas, la persecución y la muerte.

Un ejemplo claro de que los discípulos no creían sino que fueron convencidos de la resurrección lo tenemos en la aparición de Jesús a los discípulos de Emaús. Uno de estos discípulos está identificado. Es Cleofas (Lc. 24:18). Si ha de ser identificado con el Cleofas mencionado en Juan 19:25, entonces sabemos que su esposa se llamaba María, que estaba en Jerusalén, que había sido testigo de la crucifixión con las otras mujeres y que posiblemente regresaba a Emaús junto con él en esa primera mañana de la Pascua.

La importancia de la identificación descansa sobre el hecho que María, y posiblemente también Cleofas, habían sido testigos de la crucifixión y por lo tanto no tenían ninguna duda que Jesús había muerto. María había visto los clavos atravesando las manos de Cristo. Había visto como se levantaba la cruz. Había visto la sangre. Por último, había visto la lanza atravesándole el costado. Después, María sin duda regresó a la casa donde se estaba quedando. Vino la Pascua, María y Cleofas la observaron como buenos judíos. Esperaron cargados de tristeza —desde el día de la crucifixión hasta el día de la resurrección porque el mismo día de reposo que hizo que las mujeres no hubieran podido ir antes a ungir el cuerpo hizo que Cleofas y María no hubieran podido regresar a su casa en Emaús. La mañana después del día del reposo del sábado finalmente llegó. Es posible que María haya estado entre las mujeres que fueron a la tumba a ungir el cuerpo. Si fue así, vio a los ángeles, regresó para contarle a Cleofas, y después ¡qué increíble— se dispusieron a partir. ¡Nada más ajeno a sus pensamientos cualquier idea sobre la verdad literal de la resurrección corporal de Jesús!

Además, mientras Cleofas y María se apresuraban para partir, Pedro y Juan iban camino al sepulcro. Entraron en la tumba. Ahí mismo, Juan creyó en cierto sentido, si bien posiblemente no comprendió todo el significado que encerraba la resurrección. Pedro y Juan regresaron, le contaron a Cleofas, a María lo que habían visto. Y entonces —y, nuevamente, esto también es asombroso Cleofas y María continuaron empacando. Tan pronto como estuvieron listos, dejaron Jerusalén. ¿Creía esta pareja judía en la resurrección de Cristo? Sin duda que no. ¿Creyeron, como eventualmente creyeron, porque se convencieron mutuamente o debido a una alucinación? No. Estaban tan tristes por la pérdida de Jesús, tan miserables, tan preocupados con la realidad de su muerte, que no pudieron dedicar ni siquiera veinte o treinta minutos para investigar personalmente los relatos sobre su resurrección.

Si alguien dijera: "Pero está claro que no deben haber escuchado los relatos; toda esa parte de la historia es mera invención", Cleofas mismo responde a esta objeción. Cuando Jesús se les apareció en el camino y les preguntó por qué estaban tan tristes, Cleofas le contestó hablándole primero sobre la crucifixión y luego añadiendo: "Aunque también nos han asombrado unas mujeres de entre nosotros, las que antes del día fueron al sepulcro; y como no hallaron su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto visión de ángeles, quienes dijeron que él vive. Y fueron algunos de los nuestros al sepulcro, y hallaron así. como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron"

(Lc. 24:22-24).

¿Qué puede explicar la creencia en la resurrección por parte de los discípulos de Cristo? Nada, excepto la propia resurrección. Si no podemos explicar la creencia de los discípulos de esta manera, estamos frente al más grande enigma de la historia. Si la explicamos diciendo que la resurrección y las apariciones del Señor resucitado fueron reales, entonces el cristianismo es comprensible y ofrece una esperanza segura para todos.

### Los discípulos transformados

Una quinta evidencia de la resurrección surge a partir de lo que acabamos de decir: el carácter transformado de los discípulos.

Tomemos a Pedro como ejemplo. Antes de la resurrección Pedro está en Jerusalén, siguiendo silenciosamente atrás del grupo que arrestó a Jesús. Esa noche niega a Jesús tres veces. Más tarde está en Jerusalén, temeroso, a puertas cerradas junto con otros discípulos. Pero después de la resurrección todo cambia. Pedro aparece predicando con firmeza. En su primer sermón, en el día de Pentecostés, dice: "Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús Nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella" (Hch. 2:22-24). Unos capítulos más adelante en el libro de Hechos los encontramos delante del Sanedrín judío (el cuerpo que había condenado a Jesús a muerte), diciendo: "Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios; porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído" (Hch. 4:19-20).



"Algo tremendo tiene que haber tenido lugar para poder explicar esta transformación moral tan radical y resonante. Nada menos que el hecho de la resurrección, que el haber visto al Señor resucitado, puede explicar el cambio".<sup>5</sup>

Otro ejemplo es Jacobo, el hermano de Jesús. En cierto momento ninguno de los hermanos de Jesús creían en él (Jn. 7:5). Jesús cierta vez dijo: "No hay profeta sin honra, sino en su propia tierra y en su casa" (Mt. 13:57). Pero más tarde Jacobo creyó (comparar con Hechos 1:14). ¿Qué provocó este cambio? Evidentemente, sólo la aparición de Jesús, como está registrado en 1 Corintios 15:7.

### Un nuevo día para la adoración cristiana

La última evidencia de la resurrección de Jesucristo, muchas veces pasada por alto, la constituye el cambio del día elegido para la adoración cristiana regular, del día de reposo judío (el sábado) al domingo, el primer día de la semana. ¿Había algo más establecido y fijo que la tradición judía de apartar el séptimo día para la adoración, como lo practicaba el judaísmo? Muy difícilmente. La santificación del séptimo día estaba incluida en la ley de Moisés y había sido practicada por siglos. Sin embargo, desde un primer momento vemos a los cristianos, aunque eran judíos, considerando al domingo en lugar del sábado como el día de adoración. ¿Qué puede explicar este cambio? No hay ninguna profecía, no hay ninguna declaración de un concilio de la iglesia primitiva. La única causa posible es la resurrección de Jesucristo, un acontecimiento tan significativo que inmediatamente produjo los cambios más profundos, no sólo en el carácter moral de los primeros creyentes, sino en sus hábitos de vida y en las formas de adoración, también.

Cierta vez estaba hablando con otro ministro de la palabra sobre su experiencia espiritual cuando la conversación giró en torno al tema de la resurrección. El ministro dijo que cuando salió del seminario no tenía ninguna convicción verdadera con respecto al evangelio de Cristo. Posiblemente creía en algunas cosas intelectualmente, pero su corazón no había sido cautivado por ellas. Dijo que comenzó a reflexionar sobre la resurrección. Le pregunté: "¿Qué encontraste?". Me respondió que lo primero que descubrió fue una extraña felicidad y un descanso interior mientras analizaba los relatos y las preguntas que éstos hacían aflorar en su mente. Esto le estaba señalando que, si bien todavía no tenía todas las respuestas, estaba en el camino correcto. Mientras estudiaba pudo comprobar la importancia del tema. Tomó conciencia de que si Jesús realmente había resucitado de los muertos, todo lo demás que está registrado sobre él en el Nuevo Testamento es verdad —al menos no habría ninguna razón para rechazarlo—. Y concluyó que si Jesús no resucitó de entre los muertos, entonces él debería dejar el ministerio.

Así fue como leyó libros. Visitó el seminario donde había estudiado. Habló con sus profesores. Dijo que finalmente se había convencido que Jesús había resucitado realmente, como lo declara la Biblia, y que las demás doctrinas de la fe descansan sobre este hecho. Es interesante notar que llegó a esta conclusión algunas semanas antes de la Semana Santa de ese año, y por lo tanto durante esas Pascuas se levantó en su iglesia para testificar sobre su fe personal en estas cosas. Más tarde, los miembros de su congregación dijeron que nunca antes habían oído una predicación como esa, y muchos creyeron en Cristo como resultado de su predicación.

Esto mismo le ha sucedido a varias personas: a juristas como Frank Morison, Gilbert West, Edward Clark y J. N. D. Anderson; a académicos tales como James Orr, Michael Ramsey, Arnold H. M. Lunn, Wolfhart Pannenburg, y Michael Green. Green dice que "la evidencia en favor de este hecho sorprendente es arrolladora".<sup>6</sup> Ramsey escribió: "Esta doctrina era tan nueva y extraña a las expectativas de los hombres, que resulta difícil dudar que sólo fue creada a partir de unos acontecimientos históricos".<sup>7</sup>

¿Resucitó Jesús de entre los muertos? Sí lo hizo, y entonces es el Hijo de Dios y nuestro Salvador. Lo que nos cabe a nosotros es creer en Él y seguirle.

### Notas

1. La evidencia sobre la tumba vacía ha sido discutida por Stott, *Basic Christianity*, pp. 46-50; Memil C. Tenney, *The Reality of the Resurrection* (Chicago: Moody Press, 1963), pp. 113-16; James Orr, *The Resurrection of Jesus* (London: Hodder and Stoughton, n. d.), pp. 111-39; y otros.
2. Stott, *Basic Christianity*, p. 52.
3. Henry Latham, *The Risen Master* (Cambridge: Deighton Bell and Company, 1901), pp. 36, 54.
4. Stott, *Basic Christianity*, p. 53.
5. Torrey, *The Bible and Its Christ*, p. 92.
6. Michael Green, *Runaway World* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1968), P.109.
7. A. M. Ramsey, *The Resurrection of Christ* (London: Geoffrey Bles, 1945), p. 19.